

# HORIZONTES DE NOVEDAD DE LA VIDA CONSAGRADA EN EL MAGISTERIO DEL PAPA FRANCISCO<sup>1</sup>

Card. João  
Braz de Aviz<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Transcripción de la ponencia pronunciada por el cardenal João Braz de Aviz, prefecto de la CIVC-SVA, en el Congreso de Vida Consagrada en Bogotá (Colombia), el 19 de junio de 2015.

<sup>2</sup> Cardenal brasileño, prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (CIVC-SVA) desde 2011. Licenciado en teología de la Pontificia Universidad Gregoriana y en teología dogmática de la Universidad Lateranense. Como sacerdote, en Brasil prestó sus servicios pastorales en varias parroquias de la diócesis de Apucarana, fue rector de los Seminarios Mayores de Apucarana y de Londrina, y docente de teología en el Instituto Teológico Pablo VI de Londrina. En 1994, Juan Pablo II lo nombró obispo auxiliar de Vitória, en 2002 fue nombrado arzobispo de Maringá y en 2004 arzobispo de Brasilia. En 2012 fue creado cardenal por Benedicto XVI.

Además del saludo del Santo Padre que leímos ayer en la apertura y que les transmití también al inicio de la homilía en la Eucaristía de la tarde, les traigo el del secretario de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (CIVC-SVA), monseñor José Rodríguez Carballo, que muchos conocen, y que es mi hermano de corazón; nos queremos tanto que el Papa, por nuestra amistad, dice que ‘somos un poco peligrosos’; todo lo hacemos juntos, tanto que las palabras que uno dice son las palabras del otro y cada uno hace presente al otro allí donde deba ir. Les traigo también el saludo de más de 40 personas que en la CIVC-SVA trabajan por ustedes: la Vida Consagrada (VC) de todo el mundo, los eremitas, los monjes y las monjas, los frailes, las hermanas y los hermanos religiosos, los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, las nuevas comunidades integradas a la Congregación que no son de la parte de los laicos, y también la orden de las vírgenes...

Pido disculpas por mi “portofol”, unido a la semejanza de palabras de nuestras dos lenguas, el portugués y el español. Así me

expreso con toda libertad, toda vez que cuento con la paciencia y la ayuda de todas y de todos Ustedes.

Yo había preparado un texto escrito, un poco largo, de más o menos veinte páginas. Advierto esto porque, al fin, no lo voy a leer, tal como ha sucedido tantas veces, cuando al calor de los diálogos con las religiosas y los religiosos, resultamos hablando de cosas más importantes y más útiles, y más relacionadas con el momento, porque salen del corazón<sup>3</sup>.

Por lo demás, el tema que me había pedido la CLAR, “Horizontes de Novedad de la VC en el magisterio del Papa Francisco”, me hace sentir en casa; percibo que por todas partes y en todo lo que se está hablando, hay referencia a esta novedad, a este reinicio, a esta profundización de la VC que el Santo Padre está suscitando. Tanto es así que conservo fresco el momento, muy precioso, de hace apenas unos días, de la Unión de los Superiores Generales (USG), en Roma, en el que se hizo

una lectura de la persona, las acciones, las palabras del papa Francisco y sus lineamientos para la VC; se trata de un texto muy sencillo, pero muy bonito, que hasta ahora ha sido publicado en italiano, y también en inglés, pero que muy pronto será traducido al español y al portugués<sup>4</sup>.

Me referiré a este punto en primer lugar; después diré algo sobre “los odres”, la espiritualidad, que el Evangelio nos sugiere para tener muy presente en este tiempo de la VC; y, por último, quería espaciarme un poco en el misterio de la Trinidad. Deseo así invitarlos a reflexionar en asuntos que hay que re-entender para ser fuertes en el camino que estamos haciendo. La Trinidad es un misterio central para asumir un camino de espiritualidad de comunión, y para comprender la co-esencialidad en la Iglesia, que se da entre jerarquía y carismas, entre estas dos dimensiones, muy ricas e independientes, porque el Espíritu habla en modos diversos pero no se contradice, para generar libertad y comunión, las dos cosas.

<sup>3</sup> Nota del editor: el texto al cual se refiere el cardenal João Braz de Aviz se puede leer a continuación de esta ponencia (cf. pp. 56-80).

<sup>4</sup> Nota del editor: el documento al cual se refiere el cardenal João Braz de Aviz se titula “Los gestos y las enseñanzas del papa Francisco” y también hace parte de la sección Horizontes de Novedad de esta Revista CLAR 3/2015 (cf. pp. 129-136).

1. Comencemos entonces con lo primero: la interpretación hecha recientemente sobre el magisterio del papa Francisco por los más o menos 130 superiores generales; en este caso hablaron los hombres, esperemos a que lo hagan también las mujeres de la UISG, que no se encuentran sino cada tres años, aunque al fin y al cabo ellas y ellos dicen, a la larga, cosas semejantes.

El papa Francisco es patrimonio de la Iglesia, tenerlo en cuenta es responsabilidad de todas y todos los católicos. Pero los superiores generales lo interpretan desde la perspectiva de la VC. El es un don para toda la Iglesia y, en particular, para la VC, en cuanto que él es religioso. Cuando yo fui llamado por el cardenal Bertone, a nombre del papa Benedicto, para mi actual servicio, le dije: pero yo no soy religioso; y él me respondió: esto en Roma no cuenta mucho. Y cuando le insistí: yo no conozco nada de la curia vaticana, él me dijo: aprenderá, aprenderá.

Por el contrario, la identidad religiosa del papa Francisco es de una enorme ayuda para su ministerio eclesial, pero de modo especial para la VC porque la cono-

ce y valora. Este es un momento precioso para todos nosotros, que estábamos un poco cabizbajos, con los ojos un tanto cerrados. Con el papa Francisco estamos resurgiendo, levantándonos, y comprendiendo el profundo significado de la VC, que es una perla, una preciosidad de la Iglesia y para la Iglesia. Hay que tener en cuenta que no se trata de una realidad que llegó, que vivió y que pasó; y reconocer que tenemos dificultades en cualquier lugar de la tierra y sobre muchas cosas, pero también que estamos en un momento de mucha fecundidad.

Experimentamos, por ejemplo, en estos momentos, la prueba del envejecimiento, la falta de vocaciones, las estructuras que se volvieron muy pesadas, y sentimos la necesidad de redimensionarnos, porque lo que tenemos no basta; vemos con angustia el cierre de tantas obras; muchos sienten la tentación de “volverse hacia adentro”, lo cual no sirve ni a la Iglesia ni a nosotros.

El papa Benedicto XVI, en realidad, había ya iniciado este proceso de valoración de la VC en su pontificado, pero con Francisco este dinamismo se ha vuelto más intenso. Uno de sus factores más

determinantes es el llamado del Papa a colocar en el centro de nuestra respuesta vocacional la relación con el Señor; él nos recuerda la mirada que el Maestro nos hizo para llamarnos, una mirada que solo nosotros entendemos, nadie más; una llamada que Él nos hizo, cuando quiso y como quiso, y con la cual nos atrajo hacia Él. Se trata de una experiencia de amor que siempre está presente, que permanece porque está dentro de nosotros, que Él nos da y nos muestra. Ahí radica el sentido fascinante de la VC. Sobre esta relación con Jesús de Nazaret, me viene a la memoria lo que me pasó una vez en Madrid: me salí del texto escrito, quería decir, que nosotros teníamos que entrar en las llagas de Jesús, pensé en portugués, pensé en italiano y, al fin, resulté diciendo: tenemos que entrar en las “plagas” de Jesús!

Por otra parte, se debe recordar algo muy importante: lo que la VC ha dado, está dando y dará a la Iglesia, una contribución específica, importantísima; no lo olvidemos. El Concilio Vaticano II nos consideró parte integrante de la Iglesia, y el papa Francisco reconoce que somos un valor propio, muy precioso de la Iglesia, y

no solo en los tiempos actuales. Este Año de la VC nos proporciona la ocasión de mirar el pasado con gratitud, y para referirnos al pasado de las religiosas y los religiosos, no queremos entrar en polémicas, pero hay que reconocer que en América Latina la evangelización llegó con los cañones, pero también, y prevaleciendo, con la predicación y el testimonio de fe de tantos misioneros religiosos.

El aporte nuestro tiene que ver sobre todo con la misericordia. Y, a propósito, los remito ahora a la Bula *Misericordiae Vultus*, para entrar, por una parte, a la esencia misma de nuestra identidad de consagrados y, por otra, al Año de la Misericordia, a la gracia que hemos estado viviendo como religiosas y religiosos este año y que prolongaremos en el jubileo de la misericordia, a la luz de un documento muy interesante, muy vivo, muy empeñativo, muy concreto, muy vital.

Así, los consagrados, como portadores y testigos de la misericordia del Señor, podremos superar la “mundanidad espiritual”, expresión propia del Papa, particularmente con el testimonio, por lo que una doble vida, una vida

de apariencia, no puede darse entre nosotros. Lo que somos, eso debemos ser, y lo somos por gracia de Dios; tenemos debilidades, pero no podemos permitirnos dos caras.

La VC, además, es una vida en salida. Ya sabemos que hacia las fronteras y las periferias, con nuevas presencias de estar con la gente, y un estilo de vida pobre, en el servicio de los pobres. Así el Papa confirma la sensibilidad propia del CLAR, por lo que nos alegra su espiritualidad, para una vida con los pobres, como los pobres, siendo uno de ellos, caminando siempre en esta dirección, en un proceso que nos remitirá permanentemente a la Iglesia, porque el Papa de estos tiempos sueña “con una Iglesia pobre, para los pobres”. Pero este camino hay que aprenderlo: yo mismo como cardenal estoy tratando de lograrlo en Roma, donde el Papa nos dijo que no llegábamos allí para entrar en la corte, y yo que pensaba disfrutar un poco de esos gustos..., no los tendré.

El lenguaje del papa Francisco es muy nuestro: simple, inmediato, comprensible. Por eso el pueblo lo comprende y lo ama, y también las consagradas y los

consagrados. De esta manera, él guía a la Iglesia por la misión que tiene como Pedro, con una cercanía extraordinaria a las personas, espontánea, sincera, pero, y esto lo sentimos, por ser un hombre cercano a Dios, próximo a Él, aún más, más próximo a Dios que a la humanidad, mejor todavía, próximo a la humanidad por su proximidad a Dios. Por eso, la suya no es una doctrina desencarnada, sino que, anclada en el Verbo, es encarnada. La humanidad del Papa nos muestra a un Dios próximo, muy próximo. Cuando yo comencé a oírlo hablar de este modo me conmoví hasta las lágrimas, porque en el fondo siempre sentimos un poco de miedo de Dios, de ver que Dios está mirando tus pecados, cuando en realidad observa nuestra voluntad de caminar. Este modo de hablar del Papa y esta fuente de su cercanía, nos dan fuerza y atraen a la gente, la hacen volver al sacramento de la penitencia, sin que se le diga. Tal es el caso de los jóvenes y también de nosotros. Sentimos que el Papa vive lo que nosotros podemos seguir; tiene como fondo mostrar a Cristo como felicidad, como solución, como experiencia concreta de realización, personal y comunitaria.

En conclusión, las palabras y los gestos del Papa nos hacen caer en la cuenta de que la VC corría el riesgo de enfermarse, de cerrarse en sus estructuras, en sus casas, en sus planes y en su felicidad. Hoy, llamados por Francisco, tenemos la responsabilidad de salir, para ver como el ciego de Jericó o para resucitar como el Lázaro de Betania. Para empezar a caminar otra vez, tenemos que remover las piedras, es decir, las dificultades que nos impiden caminar en la libertad propia de los hijos de Dios.

2. El segundo punto de esta charla se inspira en “los odres nuevos” de que habla el Evangelio y se refiere a la experiencia espiritual de la VC. Ante todo, se trata de “volver al primer amor”. He ahí el centro de todo: dar la primacía a Dios, de todo y en todo. Y, entonces, como respuesta, seguir a Jesús. Esta es también la llamada del Concilio: la primera característica de todos nosotros es seguir a Jesús como discípulos. A este punto el Papa hizo una distinción importante que a mí me gustó mucho: que las consagradas y los consagrados, lo que tienen de propio no es la radicalidad evangélica (¿escucharon esto?), porque antes se pensaba que, por

ejemplo, un casado era una especie de carente del espíritu, que nosotros somos los grandes del espíritu, que el casado, pobrecito, no lograba esta altura. Se trata de una visión que no corresponde al Evangelio: la radicalidad evangélica es para todos los que quieran ser discípulos de Jesús. Todos, digo todos. No hay diferencias: nosotros tenemos también que ser discípulos y los casados también pueden ser radicales. Lo típico nuestro es la profecía, es decir, ser anunciadores y testigos de los valores del Reino de Dios.

Así, hoy tenemos que superar algunas actitudes no evangélicas: tenemos la tentación recóndita de ser superiores, de ser los que saben de la voluntad de Dios, y dominamos a los otros. ¡Qué peligroso es esto! Los afanes que mantenemos por los primeros lugares. Me acuerdo, al inicio, cuando llegué al Vaticano, se me indicaba la silla que debía ocupar; no ésta o aquella, no aquí o más allá, sino la de aquí. Y esto me hacía sentir mal: la ostentación, el orgullo, la superioridad también se anidan entre nosotros, entre los consagrados.

Otro aspecto de la espiritualidad evangélica, en el que tam-

bién insiste mucho el Papa y que es fundamental en la formación y para nuestra vida, es el discernimiento, típico de los Jesuitas pero propio de todo discípulo, sobre todo del consagrado. En el caso del Papa, se trata de algo que lo caracteriza, lo que nos entusiasma y orienta, y lo hace muy concreto: la realidad es más importante que la idea, dice él. El discernimiento ayuda a la VC a escuchar, a leer situaciones, a precisar caminos, a encontrar y a seguir los que sean más proféticos, los más creativos, los que llevan la delantera; sin el peso de esas estructuras que esclavizan, que resisten fuertemente al cambio.

El discernimiento espiritual lleva a la conversión, nos pone en las manos de Dios sin saberlo todo, con elementos de los que no sabemos aún si son seguros o no. Llegar a este estado, exige la espiritualidad que el Papa sugiere al referirse al éxodo: salir de uno mismo, para ir a las periferias. Consiste en un primer movimiento que debemos hacer: salir del centro, para dejar a Dios entrar en él, porque si estamos dos en el centro, todo está acabado. Si un consagrado no está disponible para Dios, se engaña. ¿A quién está siguiendo? Lo grave es que,

por esto, muchos de nosotros no somos netamente cristianos.

Para el Papa, esto es lo que permite al Espíritu Santo ser libre y creativo. Por eso hay que estar siempre disponible a las sorpresas de Dios, que nos sorprende siempre. Por el contrario, tenemos la tendencia, dice él, a domesticar al Espíritu, para hacer lo que queremos nosotros. Esto nada tiene que ver con la VC.

3. El tercer punto de la reflexión que he querido compartir con Ustedes tiene que ver con la construcción de la fraternidad por parte de la VC. Se trata de algo también fundamental en lo que tenemos que empeñarnos muchísimo, porque nos está invadiendo el fenómeno del individualismo, una cultura relativista que nos ha penetrado y que también ha afectado el interior de la Iglesia, que precisamente, tal como lo indicó san Juan Pablo II para el nuevo milenio, debe ser casa y escuela de comunión.

Este criterio hay que tenerlo muy en cuenta en nuestras comunidades, porque a veces sucede, por ejemplo, que se muere alguien sin que los demás nos demos cuenta, porque estamos



encerrados en nuestros cuartos, o tenemos muchas cosas para hacer. Claro, lo que estoy diciendo es exagerado, o algo muy excepcional, pero cuántos pasan por nuestras comunidades sin que nos percatemos de sus problemas y sus dolores. De ahí que haya que cuidar más de las personas que de la organización, que de las obras, que de las estructuras. Aún más, si hay que aligerar las estructuras y disminuir las obras para salvar a las personas, debemos proceder “sin demora y sin miedo”. A la larga, se trata de una obra de misericordia porque cuántas hermanas y cuántos hermanos están enfermos a causa de un exceso de trabajo por sustentar estructuras que ya están muertas.

Otro aspecto relativo a este punto, que es al mismo tiempo conflictivo y valioso, es el servicio de la autoridad en la VC. Al respecto dice el Papa que, para ejercer bien la autoridad, hay que mirar siempre a la cruz de Cristo, porque para ser capaz de servir, hasta dar la vida como Cristo en la cruz, esta es la medida. En consecuencia, el autoritarismo no es cristiano, como tampoco la tendencia, a veces generalizada, de permanecer en el poder: superiores y superiores que duran años

en sus cargos. Conozco el caso de una que cambió los estatutos de su congregación, para poder morir siendo madre...

A partir de nuestra condición bautismal, todos somos iguales, todos tenemos la misma dignidad, todos somos hijos de Dios, por su gracia; somos hermanas y hermanos, nada nos puede diferenciar, ni lo que tenemos, ni nuestros ministerios, ni los servicios, ni siquiera las cualidades personales. Al fin y al cabo, todas y todos somos pecadores.

Aquí entra con toda su deslumbrante luz el misterio trinitario, que para nosotros es muy grande, es central. Aprendimos a adorar a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y tenemos también una devoción particular por cada uno de ellos. Pero no logramos asumir de allí algo decisivo para nuestra vida, pareciera que el misterio de la Santísima Trinidad fuera una especie de teorema matemático indescifrable, porque para nosotros tres más uno son cuatro, tres menos uno son dos, pero tres y uno son tres. ¿Cómo es esto? He ahí el problema, porque nos olvidamos de algo cierto y determinante, que nuestros catequistas en el pasado no nos dijeron; el mío



nunca me dijo que Dios es amor (cf. 1 Jn, 4, 8.16), ¡nunca! Así, escondemos lo que es Dios.

Otro problema es que se silencie en la vida concreta que fuimos creados a imagen y semejanza de Dios: si Dios es amor y si nosotros fuimos creados a su imagen, el hombre y la mujer también somos amor. Estas reflexiones las profundizo mucho más en el texto escrito que he preparado. Lo importante es conocer verdaderamente el amor; no lo logramos porque miramos solo la vida humana, no entendemos el bien que es el amor, porque no levantamos la mirada hasta la altura del amor, que es la Trinidad.

El que puede decirnos cómo es el amor es el Hijo de Dios, que vino y se encarnó, Jesús de Nazaret. Ahí entonces miramos cómo nos amó Dios y solo ahí entendemos el amor. Este misterio extraordinario lo expresó Pablo en su carta a los Filipenses: Tened vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús, pues, siendo él de condición divina... (cf. 2, 5-11). Este texto muchas veces lo interpretamos como humildad, y está bien, pues en un momento somos humildes, pero después volvemos a ser poderosos...

El amor de Dios es fácil, fluye, expresa su más profunda identidad. Pero en nuestro caso, que somos creaturas, el amor se hace difícil delante del otro, porque somos, sabemos, comprendemos, pero no al otro. Para vivir el amor que proviene de Dios, hay que cambiar, hay que encontrar al otro, solo así uno logra amar, pues hay necesidad al menos de dos para amar.

San Basilio, un monje de los primeros siglos, fue a buscar a los eremitas para poder entender el cristianismo; vio que los eremitas vivían muy bien el Evangelio, pero estaban solos. Entonces se preguntó cómo puede un eremita ser humilde si está solo y no tiene a un vecino al que pueda lavarle los pies. Por eso se cerró esta otra página del Evangelio y el eremitorio evolucionó hacia la vida monástica, quiere decir: soledad con Dios y vida fraterna en la comunidad. Así debe pasar entre nosotros: fuimos hechos para ser hermanos que viven el amor de Dios en Dios, entre nosotros. Y esto tiene consecuencias muy importantes: como lo relativo a la autoridad y a la obediencia. Allí el amor cambia todo, no el valor, sino el modo, y así no nos equivocamos al hacer las cosas. Una

segunda consecuencia tiene que ver con la relación hombre y mujer, donde todo lo tenemos que cambiar porque, sobre todo nosotros los consagrados, tenemos dos posiciones que son equivocadas: una de miedo, no me aproximo al hombre porque es tentación, no me aproximo a la mujer porque es tentación; la otra es estar todos tan juntos, que después nacen los hijos, aunque las personas sean consagradas.

Si conseguimos experimentar un amor tan profundo y auténtico como el de la Trinidad encarnada en nosotros, vivido así en la relación humana, podemos llegar a todos y superar ese trauma de la división de la sociedad, para lo que hay que tener otra mirada, que es la que queremos lograr en este tiempo con el papa Francisco, y volverla perenne en la Iglesia.

\* \* \*

## TEXTO PREPARADO POR EL CARDENAL JOÃO BRAZ DE AVIZ

### 1. LOS RELIGIOSOS EN LA CONSTITUCIÓN DOGMÁTICA *LUMEN GENTIUM* SOBRE LA IGLESIA (CAP. VI, 43-47)

La *Lumen Gentium* dedicó el capítulo VI por entero a los religiosos, considerándolos como miembros integrantes de la Iglesia, Pueblo de Dios, junto con los fieles miembros de la jerarquía y del laicado. Las consagradas y los consagrados son hoy en la Iglesia una realidad plural, numerosa y muy significativa. Son mujeres y hombres que responden con su vida, no a un precepto -aunque estén sometidos a todos- sino a los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. “Don divino que la Iglesia ha recibido de su Señor y que con su gracia los conserva” (nº 23).

Y su valor es tal que “el estado de vida (...) constituido por la profesión de los consejos evangélicos, aunque no pertenezca a la

estructura jerárquica de la Iglesia, sin embargo, pertenece de una manera indiscutible a su vida y santidad” (44, 4)<sup>1</sup>.

Hoy, a 50 años del Concilio Vaticano II, la profundización en la eclesiología conciliar, tanto como búsqueda teológica, cuanto como experiencia concreta de comunión, en la feliz expresión de san Juan Pablo II, nos permite afirmar que la dimensión jerárquica de la Iglesia y la dimensión carismática son igualmente esenciales: “A menudo he tenido la oportunidad de subrayar que en la Iglesia no hay conflicto o contraposición entre la dimensión institucional y la dimensión carismática, cuya expresión significativa son los movimientos. Ambas son co-esenciales en la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque concurren juntas a hacer presente el misterio de Cristo y de su obra salvífica en el mundo. Juntas, además, intentan renovar, cada

---

<sup>1</sup> Este dato teológico se refrenda en la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata*, en la que san Juan Pablo II ofrece las motivaciones, uniendo la VC directamente con su fuente por el hecho que “la profesión de los consejos evangélicos está íntimamente relacionada con el misterio de Cristo, teniendo como objetivo hacer presente en cierto modo la forma de la vida de Aquel que sobresalió, señalándola como valor absoluto y escatológico. Jesús mismo, llamando “algunas personas a abandonarlo todo para seguirlo, ha inaugurado este género de vida que, bajo la acción del Espíritu, se desarrollará gradualmente a lo largo de los siglos en las diversas formas de la VC. La concepción de una Iglesia compuesta únicamente por ministros sagrados y laicos no corresponde, por lo tanto, a la intención de su divino Fundador tal como se presenta en los Evangelios y en otros escritos del Nuevo Testamento” (cf. 29).

cual a su modo, la autoconsciencia de la Iglesia, de la que se puede decir, en cierto sentido, que ella misma es ‘movimiento’ en cuanto evento, en el tiempo y en el espacio, de la misión del Hijo por obra del Padre, en el poder del Espíritu Santo”<sup>2</sup>. Esto no impide de hecho que “siendo tarea de la jerarquía eclesiástica apacentar el pueblo de Dios y conducirlo a pastos abundantes (cf. Ez 34,14), incumbe a ella regular sabiamente con sus leyes la práctica de los consejos evangélicos, singular instrumento al servicio de la perfecta caridad hacia Dios y hacia el prójimo” (LG 45).

El Concilio ve en las religiosas y los religiosos la posibilidad de la Iglesia de presentar a Cristo a las mujeres y los hombres, de un modo cada vez más perfecto, “ya sea entregándose a la contemplación en el monte, ya anunciando el Reino de Dios a las multitudes, curando a los enfermos y heridos, y convirtiendo a los pecadores al buen camino, bendiciendo a los niños, haciendo el bien a todos, siempre obediente a la voluntad del Padre que lo ha mandado” (LG 46).

Los Padres conciliares reconocen que la profesión de los con-

sejos evangélicos comporta la renuncia a bienes que son muy apreciables. Sin embargo, esta renuncia no se opone al verdadero progreso de la persona humana, si no que, más bien, es una gran ayuda para la purificación del corazón; la Virgen María y los Santos Fundadores lo confirman. De este modo las mujeres y los hombres consagrados sirven de ejemplo de un modo muy particular a sus contemporáneos, asegurándoles la ternura de Cristo (cf. LG 46).

Hoy más que nunca la presencia de mujeres y hombres consagrados en la Iglesia y en el mundo puede ayudar a la cultura actual invitándola de verdad a “no tener miedo de ser felices”, y a orientar este deseo y este objetivo hacia niveles más profundos; esto será posible a condición de que las consagradas y los consagrados sean ellos mismos personas humanamente felices y realizadas, testimoniando con autenticidad que seguir a Cristo y vivir el Evangelio realiza a la persona. Los numerosos abandonos de la VC, la cara triste e incluso huraña de muchos de nosotros y la falta de un espíritu de familia en algunas casas religiosas, son un indicio de que hay que revisar algo en el testimonio de la VC.

<sup>2</sup> JUAN PABLO II, Mensaje a los participantes en el Congreso mundial de los Movimientos Eclesiales, Roma, 27-29 de mayo de 1998, n° 5.

## 2. EL DECRETO CONCILIAR *PERFECTIONE CARITATIS*

En este Decreto, el Concilio Vaticano II “quiere ocuparse de la vida y de la disciplina de aquellos institutos, cuyos miembros hacen profesión de castidad, pobreza y obediencia, y proveer a sus necesidades conforme a las actuales exigencias” (PC 1). La *Lumen Gentium*, como recuerda el Decreto, ha afirmado que “el alcanzar la caridad perfecta por medio de los consejos evangélicos tiene sus orígenes en la doctrina y el ejemplo del divino Maestro y resalta como un signo excelente del Reino de los cielos” (*id.*).

Conocemos la vida y la disciplina de mujeres y hombres que, desde los albores de la Iglesia, se proponían seguir a Cristo de este modo y han vivido su vida en soledad o han fundado familias religiosas que la Iglesia ha aprobado. Hoy en día es muy grande el número de estos grupos religiosos que hacen que la Iglesia esté preparada para toda obra buena y la embellecen con su riqueza carismática.

Me parece oportuno proponer nuevamente aquí los principios generales de una correcta renovación de la vida y de la disciplina de los Institutos religiosos, de

las Sociedades de Vida Apostólica y de los Institutos Seculares, que presentara el Concilio hace 50 años, y verificar el progreso de su realización. Se trata de un continuo retorno a las fuentes de la vida cristiana, a la inspiración primera y original de los Institutos y su adaptación a las nuevas exigencias de los tiempos:

- Actualizar el seguimiento de Cristo, propuesto por el Evangelio como regla suprema;
- conocer y observar fielmente el espíritu y las intenciones originales de las Fundadoras y los Fundadores, así como las sanas tradiciones;
- participar en la vida de la Iglesia, secundando las iniciativas de la Iglesia local en lo tocante a la dimensión bíblica, litúrgica, dogmática, pastoral, ecuménica, misionera de la vida cristiana, y las cuestiones sociales;
- informar a los miembros de los Institutos sobre las condiciones de los hombres de nuestro tiempo, sobre las necesidades de la Iglesia, para un recto juicio y una inserción acertada;
- promover, sobre todo, la renovación espiritual, que debe ser siempre prioritaria;
- adaptarse en todas partes, pero sobre todo en los territorios de misión, a las condiciones físicas y psicológicas de los religiosos

- de hoy, a las necesidades de apostolado, a las exigencias de la cultura y de las condiciones sociales y económicas;
- cultivar el espíritu de oración, e ir a las fuentes de la espiritualidad cristiana;
  - en primer lugar, tener en la mano todos los días la Sagrada Escritura;
  - celebrar con el corazón y con los labios la liturgia sagrada, sobre todo el misterio eucarístico;
  - nutrirse de la Palabra y de la Eucaristía, amar a los hermanos, respetar y estimar a los Pastores con espíritu filial, vivir y conectar constantemente con la sensibilidad de la Iglesia, dedicándose por entero a su misión<sup>3</sup>.

A 50 años de la celebración del Concilio hará mucho bien a cada uno de nuestros Institutos leer y revisar con tranquilidad (tal vez durante el capítulo general) estos principios generales que nos

presenta la más alta autoridad de la Iglesia: el Concilio presidido por el Papa. En muchas familias religiosas se ha trabajado mucho, pero el programa de renovación es amplio e intenso y aún no se ha agotado. Ahora más que nunca, se requiere un esfuerzo, dado que se acentúa el cambio de época y el Papa Francisco nos anima fuertemente en esta dirección.

El Decreto *Perfectae Caritatis* habla también a los Institutos dedicados a la contemplación, a los que dedica totalmente los números 7, 9, 16 y 21. Ellos “conservan siempre (...) un lugar eminente en el Cuerpo místico de Cristo” (7). Son como adornos en la Iglesia y manantiales de gracias celestiales. Son una fuente de fecundidad, embellecen y hacen crecer al pueblo de Dios. La soledad, el silencio, la oración asidua, la ferviente penitencia llevan a sus miembros a dedicarse exclusivamente a la contemplación de Dios.

<sup>3</sup> Para perfilar estos llamamientos, a causa del carácter profético de la VC, podríamos añadir las preguntas que el papa Francisco ha hecho durante su homilía de Pentecostés: “La novedad siempre nos da un poco de miedo, porque nos sentimos más seguros si lo tenemos todo bajo control (...). Tenemos miedo de que Dios nos haga recorrer nuevos caminos, nos haga salir de nuestro horizonte a menudo limitado, cerrado, egoísta, para abrirnos a sus horizontes (...). Preguntémonos hoy: ¿Estamos abiertos a las ‘sorpresas de Dios’? ¿O nos cerramos, por miedo, a la novedad del Espíritu Santo? ¿Nos atrevemos a caminar por las nuevas sendas que la novedad de Dios nos ofrece o nos defendemos, cerrados en estructuras caducas que han perdido la capacidad de acoger?” (FRANCISCO, Homilía en la Solemnidad de Pentecostés, 19 de mayo de 2013, 1)

Sin embargo, el Concilio pide también a la Vida Contemplativa revisar su propio modo de ser, a la luz de los principios y criterios enunciados más arriba, adaptados a las exigencias de la contemplación, como es natural.

Los Contemplativos, tanto en Oriente como en Occidente son llamados por los Padres conciliares a custodiar con fidelidad y en el espíritu auténtico la “venerable institución de la vida monástica”. A lo largo de los siglos ésta ha adquirido méritos tanto en la Iglesia como en la sociedad humana. Las monjas y los monjes están llamados a servir a Dios, permaneciendo en su presencia, ya sea dedicándose totalmente al culto divino en una vida silenciosa, ya sea asumiendo legítimamente algunas obras de apostolado y de caridad cristiana. La renovación de las antiguas tradiciones, con miras a las nuevas exigencias de las personas de hoy, se haga de modo que los monasterios se conviertan en centros de difusión de la vida cristiana (cf. PC 9).

Tres importantes dimensiones, ligadas sobre todo a la vida de las monjas, se están estudiando de nuevo por parte de la Congregación para los Institutos de Vida

Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA), teniendo en cuenta el deseo del Papa Francisco y para continuar con la renovación propuesta por el Concilio. Éstas son: la formación, la clausura papal y la autonomía de los monasterios.

La formación, entendida hoy como “formación continua”, incluye las etapas iniciales y dura toda la vida. Deberá tener en cuenta la *sequela Christi*, en el estudio constante del carisma del Fundador o de la Fundadora, además de la cultura actual. En los documentos del Magisterio, consultados continuamente, la VC en general y la Contemplativa en particular, tendrán orientación segura y fecunda.

La clausura papal se refiere a las monjas de vida íntegramente contemplativa. El Concilio pidió que fuera fuertemente mantenida mientras, al mismo tiempo, se adapta a los tiempos y lugares, eliminando usos anticuados. Sin embargo, las decisiones se deben tomar después de haber oído el parecer de los diversos monasterios. A propósito de esto, ya en 1966 el papa Pablo VI publicó normas para la actuación de los Decretos conciliares; más tarde



también nuestro Dicasterio ha publicado textos sobre este mismo tema de la clausura<sup>4</sup>.

Pero otras monjas comprometidas en tareas de apostolado -allí donde lo requieren sus Constituciones-, no están obligadas a la clausura papal. Éstas mantienen la clausura conforme a las propias Constituciones (cf. PC 16 2).

Los Institutos y monasterios en vía de extinción deberían unirse a otro Instituto o monasterio con fines y espíritu similares (cf. PC 21).

El Decreto *Perfectae caritatis* favorece también la constitución de federaciones y uniones de Institutos y monasterios independientes (*sui iuris*) (cf. PC 22).

### 3. LA VIDA CONSAGRADA SIGNO DE COMUNIÓN EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO EN LA EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POSTSINODAL *VITA CONSECRATA* (41-58)

Desde hace casi veinte años la Exhortación Apostólica Postsinodal *Vita Consecrata* nos guía

constantemente en la renovación conciliar de la Vida Religiosa. Actualmente son numerosos los Institutos que han puesto al día sus constituciones, las reglas y los directorios, siguiendo las informaciones y directivas de la misma.

La Exhortación Apostólica sobre la VC y su misión en la Iglesia y en el mundo, del 25 de marzo de 1996 (30 años después de la aprobación del Decreto conciliar *Perfectae caritatis*) es el resultado del Sínodo de los Obispos, que se desarrolló después de los Sínodos dedicados a los laicos y a los presbíteros, completando así “el tratado de las peculiaridades que caracterizan los estados de vida queridos por el Señor Jesús para su Iglesia” (VC 4).

Ha ejercido y ejerce una gran influencia sobre la líneas guía para la VC y, por lo tanto, ha indicado y sigue indicando una nueva etapa de adaptación para los eremitas, para los monasterios de Vida Contemplativa, las Órdenes antiguas, las Congregaciones, las Sociedades de Vida Apostólica, los

---

<sup>4</sup> PABLO VI, *Motu proprio Ecclesiae Sanctae*, 6 de agosto, 1966, en particular: Parte II, VI: La Clausura de las Monjas. Ver también: SCRIS, instrucción sobre la vida contemplativa y la clausura de las monjas *Venite seorsum*, 15 de agosto, 1969; CIVCSA, *Verbi Sponsa*. Instrucción sobre la vida contemplativa y la clausura de las monjas, 13 de mayo, 1999.

Institutos, en la Iglesia en diálogo con el Señor y con los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

No tenemos la posibilidad de comentar aquí todo este valioso documento eclesial, dada su extensión<sup>5</sup> y, sobre todo, dada su profundidad y amplitud de planteamientos. Hemos considerado sólo los números 41-58, que son el comienzo del capítulo segundo, porque nos parece que ahí se encuentra el corazón de los valores permanentes de la VC, como signo de comunión en la Iglesia.

Nos parece notable, particularmente, el planteamiento de la Iglesia como misterio de comunión y es por esto por lo que este “ser imagen y semejanza de la Santísima Trinidad” es el fundamento de la vida de estas hijas e hijos de la Iglesia, que son precisamente las consagradas y los consagrados.

Todavía no somos suficientemente conscientes de que la Santísima Trinidad, adorada con todas nuestras fuerzas, profesada con gran precisión conforme a una terminología correcta por parte de la Iglesia a lo largo de la historia, debe dejar de ser en adelante un teorema indescifrable para los

discípulos de Jesús. Este teorema podría ser planteado de nuevo en la siguiente pregunta: ¿cómo conciliar unidad y diversidad en Dios y por consiguiente en su imagen humana de mujeres y hombres, de tal modo que se pueda vivir en la vida cotidiana de la Iglesia-comunión, insertada en un mundo globalizado? Por lo tanto, parece una vía más adecuada desarrollar algunos planteamientos más utilizados en la antropología cristiana y en la eclesiología actual, que nos indican un camino universal para que la comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo esté viva en nuestra vida. Nos detendremos en esto más adelante.

La Exhortación *Vita Consecrata* nos hace comprender la *sequela Christi* característica de los consagrados, mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia, a la luz del misterio trinitario. En la Exhortación, se ve la VC como imagen de la Santísima Trinidad (cf. 41). La comunidad de los “Doce” en torno a Jesús, la comunidad surgida en torno a los Apóstoles y a María (cf. Hch 2, 42-47; 4, 32-35), son el modelo en el que se ha inspirado la Iglesia. Ésta es esencialmente misterio de

<sup>5</sup> 200 páginas en la publicación de la Libreria Editrice Vaticana, 1996.

comunidad, “un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”<sup>6</sup>.

En la medida en que la VC, toma conciencia hoy de la antropología y de la eclesiología trinitaria y hace la experiencia de la espiritualidad de comunión, tanto en el interior del carisma propio de cada Instituto como también entre los diversos Institutos, ofrece una luz necesaria para el seguimiento de Jesús. “La VC tiene realmente el mérito de haber contribuido eficazmente a tener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad. Con la constante promoción del amor fraterno también en la forma de la vida común, ha revelado que la participación en la comunión trinitaria puede cambiar las relaciones humanas, creando un nuevo estilo de solidaridad” (VC 41).

Gracias a los nuevos desarrollos teológicos, reflejo de la experiencia de comunión en la Iglesia, hoy se puede avanzar en la comprensión y en el testimonio de vida fraterna, concebida como reflejo

de la Santísima Trinidad. Precisamente por este origen trinitario de la Iglesia la “vida fraterna, entendida como una vida compartida en el amor, es signo elocuente de la comunión eclesial” (42). Se trata de un amor incondicionado basado en el mandamiento nuevo del Señor (cf. Jn 13,34), llamado a ser amor recíproco, ley imprescindible de la comunidad cristiana y particularmente de los Consagrados.

Es a esta luz como podemos comprender mejor algunas experiencias típicas de la VC, por ejemplo los binomios: autoridad-obediencia, hombre-mujer consagrados, jóvenes-ancianos, e incluso el trío Maestro-discípulo-misionero.

Autoridad y obediencia en el seno de la Iglesia, que es misterio de comunión, no pueden degenerar en autoritarismo o en esclavitud en el ámbito de las comunidades de las consagradas y los consagrados. Deben llegar a ser necesariamente una experiencia madura y libre de fraternidad.

<sup>6</sup> S. CIPRIANO, *De Oratione Dominica* 23: PL 4, 553; cf. CONCILIO VATICANO II, LG 4. La Exhortación *Vita consecrata* retoma el texto de S. Cipriano y puntualiza: “La vida fraterna intenta reflejar la profundidad y la riqueza de este misterio, configurándose como ámbito humano habitado por la Trinidad, que de este modo extiende en la historia los dones de la comunión propios de las tres Personas divinas” (VC 41).

En realidad, no se puede indicar la voluntad de Dios y ni siquiera obedecer a ella con la mediación de un superior, si tanto la autoridad como quienes obedecen, no buscan juntos seguir a Jesús, siendo discípulos suyos, poseyendo la misma dignidad, presentándose como ámbito humano habitado por la Trinidad que, de este modo, difunde en la historia los dones de comunión que pertenecen a las tres Personas divinas (cf. VC 41).

Sin abdicar de la propia responsabilidad como primera responsable de la comunidad, la autoridad sirve precisamente para consolidar la comunión fraterna y para no banalizar la obediencia profesada (cf. VC 47)<sup>7</sup>. Pero esto es posible solamente cuando “quien manda” y “quien obedece” se reconocen y se tratan como hermanos. Una de las razones más incisivas y convincentes se encuentra en el hecho de que se puede hallar la voluntad de Dios sólo si dos miembros de la comunidad (equivale a decir dos discípulos del Señor) se reconocen como hermanos y así lo experimentan.

La Instrucción *El servicio de la autoridad y la obediencia* de

la CIVCSVA (LEV 2008), en la óptica conciliar y de la Exhortación *Vita Consecrata*, ve la consagración, en todas sus expresiones, como una búsqueda constante de la voluntad del Señor, tanto por parte de la autoridad como por parte de las personas y de la comunidad. La Instrucción recuerda algunas prioridades en el servicio de la autoridad:

- En la VC la autoridad es antes que nada una autoridad espiritual. “Una Autoridad es ‘espiritual’ cuando se pone al servicio de lo que el Espíritu quiere realizar a través de los dones que Él distribuye a cada miembro de la fraternidad, dentro del proyecto carismático del Instituto” (pp. 18 y 19).
- La autoridad está llamada a garantizar a la comunidad el tiempo y la calidad de la oración (Palabra de Dios, Eucaristía, Liturgia de las Horas): “Las personas consagradas pueden ser útiles a los demás en la medida en que están unidas a Dios” (p.19).
- La autoridad está llamada a promover la dignidad de la persona, “prestando atención a cada miembro de la comunidad y a su camino de crecimiento” (estima, consideración positiva,

<sup>7</sup> CIVCSVA, Instrucción *El servicio de la autoridad y la obediencia*, 11 de mayo, 2008.

- afecto sincero, reserva en cuanto a las confidencias recibidas). “Antes de apelar a la obediencia (necesaria) hay que practicar la caridad (indispensable)” (pp. 19 y 20).
- La autoridad está llamada a infundir ánimo y esperanza en las dificultades (cf. Hch 14,22). La autoridad está dispuesta a dar la propia vida por la comunidad y no se retrae en los momentos críticos. Sabe curar las heridas como el buen samaritano y es capaz de reconocer sus límites, fracasos y derrotas (p. 20).
  - La autoridad está llamada a mantener vivo el carisma de la propia familia religiosa, “según los proyectos y las orientaciones que le ofrecen, en concreto, los capítulos generales (o reuniones análogas)” (id.).
  - La autoridad está llamada a mantener vivo el *sentire cum Ecclesia*: “El seguimiento del Señor no puede acometerse por navegantes solitarios, sino que se actúa en la barca común de Pedro” (p. 21). “El *sentire cum Ecclesia*, que resalta en las Fundadoras y los Fundadores, implica una auténtica espiritualidad de comunión, es decir, “una relación efectiva y afectiva con los Pastores, en primer lugar con el Papa, centro de la unidad de la Iglesia” (p. 21).
  - La autoridad está llamada a acompañar el camino de la formación continua, durante toda la vida: “Favorezca la utilización de los medios de crecimiento comunitario transmitidos por la tradición y hoy cada vez más recomendados por quien tiene experiencia segura en el campo de la formación espiritual: compartir la Palabra, proyecto personal y comunitario, discernimiento comunitario, revisión de vida, corrección fraterna” (pp. 21 y 22).
- El Código de Derecho Canónico recuerda, además, que la autoridad es la primera que tiene que ser obediente a la ley de Dios, con solicitud pastoral y espíritu de servicio: “Por lo tanto todo superior está llamado a hacer revivir visiblemente, hermano tras hermano, hermana tras hermana, el amor con que Dios ama a sus hijos, evitando, por un lado, toda actitud de dominio y, por otro, toda forma de paternalismo o maternalismo. Todo esto se hace posible por la confianza en la responsabilidad de los hermanos... mediante el diálogo” (pp. 22 y 23).

La Instrucción de la CIVCSVA también nos ayuda a ver la autoridad y la obediencia indicándonos el papel de la autoridad para el desarrollo de la fraternidad (cf. pp. 28-36). Vuelvo a recordar brevemente la lista de los puntos: el servicio de la escucha, la creación de un clima favorable al diálogo, al compartir y a la responsabilidad; el apremio en colaborar todos a las cosas de todos; al servicio de cada uno y de la comunidad; el discernimiento comunitario con la decisión final de la autoridad; la paciencia en el discernimiento; la autoridad y la obediencia firmes en la aplicación de cuanto se ha decidido; la obediencia entre hermanos y hermanas, o entre hermanas y hermanos: “el primero entre vosotros se hará vuestro esclavo” (Mt 20,27); dedicar tiempo a mejorar la calidad de vida fraterna.

La vida de la Santísima Trinidad, en la base del amor fraterno en comunidad, despierta otra dimensión concreta del amor, tan necesaria hoy: el cuidado de los ancianos y enfermos: “Éstos ciertamente tienen mucho que dar en sabiduría y experiencia a la comunidad, si ésta sabe estar a su lado con atención y capacidad de escucha” (VC 44).

Como se ha recordado antes, la Exhortación Apostólica invita a los consagrados a vivir, a imagen de la comunidad apostólica, el *sentire cum Ecclesia*, el construir la fraternidad de la Iglesia tanto en todo el mundo, como en cada Iglesia particular. De este modo, la experiencia, llamada a crecer continuamente, se transforma en diálogo animado por la caridad. Esto vale sobre todo para el testimonio de fraternidad en un mundo dividido e injusto. Ha llegado el tiempo para una sincera comunión entre los diversos Institutos y las Sociedades de Vida Apostólica, como se ha visto en muchos lugares. Los organismos de coordinación, así como la comunión y la colaboración, requieren hoy apoyo recíproco entre religiosos y laicos (VC 55-56).

La dignidad y el papel de las mujeres en general, y de la mujer consagrada en particular, se ha puesto en evidencia en *Vita Consecrata* (cf. N. 57 y 58). La Exhortación ofrece expectativas sobre la presencia y la acción de la mujer, además de la urgencia de crear “ámbitos de participación en varios sectores y a todos los niveles, incluso en los procesos de elaboración de las decisiones, sobre todo en lo que les concier-

ne a ellas” (VC 58). Últimamente el papa Francisco insiste mucho en esta participación, como es el caso del Dicasterio de la Vida Consagrada en Roma. Las mujeres representan la mayoría de las personas consagradas, y sin embargo no están representadas proporcionalmente. Ocurre lo mismo en la mayor parte de los diversos campos de la vida eclesial. Su presencia significa una puesta en acción de mayor “humanización” de las relaciones y una manifestación más completa de la dimensión materna de la Iglesia. Sin embargo, consagrados y consagradas, capaces de una relación recíproca iluminada por el amor que procede de la Trinidad, pueden experimentar una mayor complementariedad entre la dimensión femenina y masculina sin menoscabo del propio ser consagrado por inmadurez y/o por falta de conocimiento recíproco.

#### 4. HOMBRE Y MUJERES CONSGRADOS, DISCÍPULAS Y DISCÍPULOS DEL SEÑOR, EN LA ESCUELA DE COMUNIÓN

Los consagrados son aquellos sobre los cuales Dios ha puesto una mirada de amor muy intenso y los ha llamado personalmente.

Esta misma mirada de Dios se da también sobre todas las demás vocaciones en la Iglesia y, por consiguiente, no es un privilegio de los consagrados. No obstante, a éstos últimos el Señor les ha permitido captar la belleza de algunas dimensiones del Evangelio, como el modo particular de seguirlo y de serle íntimo, y esto acaece viviendo los consejos evangélicos de pobreza, castidad (la virginidad) y obediencia<sup>8</sup>.

La llamada a la consagración es un don de Dios que es amor. Para otros, la misma llamada es para el matrimonio o para otras formas de vida. La llamada de Dios es totalmente gratuita. La respuesta, conforme a la propia llamada, se da con libertad, pese a que la senda del discipulado se presente exigente. La respuesta positiva del discípulo al Señor lo lleva a opciones que exigen, no sin sufrimiento interior, la renuncia a otras realidades.

Hoy comprendemos mejor el hecho de que todos los bautizados están llamados a ser discípulos, o sea personas que ponen en práctica lo que el Señor ha enseñado y testimoniado. En este sentido, la “teología de los estados de

<sup>8</sup> Cf. VC 15, 17-19.



perfección” tendría que ser bien comprendida, para no sacar la conclusión que los demás estados están destinados a la imperfección. Hay que profundizar en el sentido de nuestro bautismo. Las diversas vocaciones, entre las que se incluye la llamada al servicio del ministerio sacerdotal, tienen la misma dignidad. El fundamento de todas ellas es la dignidad que se ha recibido en el bautismo: la dignidad de hijos de Dios. Todos hijos de Dios por igual, con dones y vocaciones diversas para servir al único Pueblo de Dios. Ésta es la enseñanza del Evangelio asumida por la Constitución dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II. Tras 50 años del Concilio es necesario volver a recorrer este camino para que llegue a ser un estilo de vida eclesial<sup>9</sup>.

La clave de la *sequela Christi* es el contacto constante con la Palabra de Dios y la decisión diaria de transformarla en vida y hacerla experiencia personal. Además Dios Amor nos viene en auxilio con la fuerza de los sacramentos, de los cuales sienten necesidad los discípulos para poder seguir su camino.

El elemento nuevo de la vida cristiana y en el seguimiento de Jesús por parte de quienes son o quieren ser sus discípulos es pasar de una *sequela Christi* individual, siempre necesaria, a una *sequela Christi* comunitaria<sup>10</sup>, imprescindible en la cultura globalizada de hoy. Por lo tanto, en el nuevo momento histórico que se está gestando, la espiritualidad de comunión ofrece los principios edu-

<sup>9</sup> Las diversas formas de vida cristiana en las cuales, según el plan de Cristo Señor, se articula la vida eclesial, tienen relaciones recíprocas, que deberíamos considerar con detenimiento. Todos los fieles, en virtud de su regeneración en Cristo, gozan de la misma dignidad; todos están llamados a la santidad; todos colaboran a la edificación del único Cuerpo de Cristo, cada cual según su propia vocación y el don recibido del Espíritu (cf. Rm 12,3-8; LG 32; CIC 208). La igual dignidad de todos los miembros de la Iglesia es obra del Espíritu, arranca del Bautismo y de la Confirmación y se corrobora en la Eucaristía. Pero la multiplicidad de formas también es obra del Espíritu. Es Él quien hace de la Iglesia una comunión orgánica en la diversidad de vocaciones, carismas y ministerios (AG 4, LG 4.12.13, GS 32, AA 3; ChL 20-21: AAS 81 (1989), 425-428; CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta Communionis notio a los Obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la Iglesia como comunión (28 de mayo, 1992), in AAS 85 (1993), 847).

<sup>10</sup> La declaración se basa en “la índole comunitaria de la vocación humana en el plan de Dios”, como afirma *Gaudium et Spes* (24), que abre nuevos horizontes: “El Señor Jesús, cuando pide al Padre que “todos sean una cosa sola, como tú y yo somos una cosa sola” (Jn 17,21), abriéndonos perspectivas inaccesibles a la razón humana, nos ha sugerido una semejanza entre la unión de las Personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en el amor. Esta semejanza manifiesta que el hombre (...) en la tierra es la única creatura que Dios haya querido por sí mismo”.

cativos necesarios para modelar el hombre cristiano<sup>11</sup>.

#### 4.1 La Vida Consagrada a la medida de Dios y a la medida de la mujer y el hombre de hoy

Las consagradas y los consagrados de vida contemplativa y también de vida activa no existen para ocuparse sobre todo de mantener las obras y de las estructuras que les han sido legadas por la propia historia del Instituto. A menudo estas obras y estructuras se ha hecho pesadas y cada vez más difíciles de administrar, en una situación de menor disponibilidad de personal y para colmo, en medio de exigencias sociales y públicas que son cada vez más globales y difíciles de cumplir. Esta parece ser la realidad de gran parte de los Institutos religiosos, sobre todo en Europa, Estados Unidos, Canadá y Australia. Pero el mismo fenómeno se presenta en otros continentes.

Como nos ha pedido el Concilio, es necesario volver al verdadero sentido de la VC, es decir, seguir a Dios, descubrir su amor, descubrir por qué Él nos ha llamado a vivir el carisma de nuestro Fundador, de nuestra Fundadora. En realidad, lo que caracteriza a los Fundadores es que han seguido la iluminación que Dios les ha dado. Este es el motivo por el cual ellos se han realizado, han sido felices y han construido monumentos de belleza y de santidad en la Iglesia.

Por otra parte, estamos constatando el hecho de que el hombre y la mujer de hoy han adquirido una nueva madurez. Son sensibles a valores como la libertad, la igualdad de dignidad, la justicia, la diversidad, la paz. La globalización, sirviéndose del desarrollo de la tecnología, ha invadido cualquier rincón de la tierra. Pero al mismo tiempo somos herederos de fenómenos enraizados en

---

<sup>11</sup> Cf. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* (43): “Una espiritualidad de comunión. Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de comunión: he aquí el gran reto que tenemos ante nosotros al comenzar el nuevo milenio, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las expectativas de mundo”. Cf. VC 51: “La Iglesia confía a las comunidades de VC el compromiso específico de hacer crecer la espiritualidad de comunión ante todo en su ámbito interior y después en la comunidad eclesial y más allá de sus confines, abriendo o reabriendo constantemente el diálogo de la caridad” (cf. CIVCSVA, Instrucción *Ripartire da Cristo*, 28-29: la espiritualidad de comunión no se puede vivir plenamente si no a través de un don sincero de sí mismo (cf. Lc 17,33); GS 24).

nosotros, tales como el individualismo, la pérdida de valores tradicionales y universales, el laicismo que, a fuerza de combatir la religión, se transforma él mismo en religión, el sueño eterno del hombre sin Dios, que se juzga autosuficiente. En el corazón del hombre y de la mujer está vivo aún el deseo de la felicidad, la búsqueda de la realización personal y colectiva, aunque ésta se alcance sólo en algunos momentos fugaces.

Y nosotros los cristianos nos damos cuenta de que el gran patrimonio de luz de los milenios pasados de la historia de la fe, aunque valorada como una gran riqueza, ya no resulta suficiente hoy. Los tiempos han cambiado, las exigencias humanas han cambiado, las posibilidades de vida han cambiado y nosotros hemos ido siempre al paso con el fenómeno cultural que actualmente está evolucionando rápidamente. Vuelven las tendencias del “tradicionalismo” y del “futurismo” en la Iglesia, como modos de encontrar seguridad en la experiencia de fe. El envejecimiento de muchas Congregaciones, la falta de vocaciones, el abandono frecuente de la VC por parte de hombres y mujeres consagrados de toda

edad, la falta de relación entre los consagrados mayores y los más jóvenes, Fundadores infieles al carisma como consecuencia de su infidelidad al Evangelio, todo esto nos interpela. ¿Cuál será pues la VC auténtica a la medida de Dios y a la medida del hombre y de la mujer de hoy?

#### 4.2 Dios es amor (1 Jn 4, 8.16). También la mujer y el hombre son amor (Gn 1,27)

Al inicio de nuestro camino vocacional de consagradas y consagrados nos ha marcado, sin duda, una profunda experiencia de Dios que nos ha atraído con su amor, dulcemente o también fuertemente. De lo que no duda la mayor parte de nosotros es que ha sido una experiencia seductora. Enamorados, hemos seguido esta vocación, al principio mediante señales sencillas, sin darnos cuenta de la dimensión exigente que se nos revelaría más tarde, pero siguiendo al Señor sin miedo y por sendas poco conocidas. Éste es el momento decisivo que marcó la dirección de nuestra vida. Es necesario volver con decisión allí para no perder el camino y mantener la llama de la búsqueda de la felicidad que arde dentro de nosotros.

El apóstol y evangelista Juan nos asegura que Dios es amor (1Jn 4, 8.16). No es un sentimiento de Dios, o una virtud, sino que define la naturaleza de Dios: Él es amor. Éste es su ser, ésta es su esencia. Experimentar la llamada de Dios en el inicio de una llamada a la VC significa percibir la presencia del amor, experimentar la fuerza de atracción del amor, sentir la necesidad de ser amor. Ciertamente, después, Dios no ha cautivado solamente nuestra inteligencia para adherirnos a una verdad de fe, o nuestra voluntad para nuestra adhesión a la moral cristiana que provoca un tipo diverso de conducta. Ha sido sin duda una experiencia más amplia, que ha abarcado todo nuestro ser, comprendidas nuestras emociones y nuestra sexualidad.

Sólo experimentando el amor, podemos comprender que Dios ha tomado la iniciativa de hacerse carne, hacerse humano en la persona del Hijo, Jesús de Nazaret, hijo de María Virgen. Es el Amor, Aquel que viene en busca de su creatura alejada por el pecado, para retomar lo que le pertenece. El misterio de la encarnación

del Hijo tiene las características del amor. Es manifestación del amor. Con la venida del Hijo se comprende que el amor no es soledad, sino comunión. Jesús, el Hijo de Dios encarnado, nos ha revelado que no vive solo. Tiene un Padre -Dios- que, como Él mismo, es Dios. Jesús nos revela y nos comunica también el Espíritu Santo, que es Dios como Él y como el Padre. Por esto los Tres que son el amor no constituyen tres soledades, sino tres personas distintas y con su propia personalidad, cada una de las personas es diversa de las otras. Al mismo tiempo forman entre sí una unidad singular en perfecto equilibrio. En realidad, en Dios-Amor la unidad y la diversidad no son contrarias, sino dos caras de la misma realidad. Esta aproximación al misterio central de Dios puede ayudar hoy, a la ontología y a la antropología cristiana, a asumir nuevos paradigmas para ayudar a la cultura actual a componer, de modo positivo, la dimensión de la unidad y de la diversidad, en la experiencia humana y en la comprensión y experimentación de la naturaleza y del cosmos<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> MORICONI B. en *Antropologia Cristiana*. Bibbia, Teologia, Cultura, Città Nuova, Roma 2001.

¿Por qué buscar en el misterio de la Santísima Trinidad la realidad más profunda para abrir el camino de una nueva experiencia antropológica para nuestro tiempo? Porque los tiempos son nuevos, arduos, complejos, marcados por progresos tecnológicos que permiten nuevas experiencias humanas, que antes no eran posibles y que modifican muchos parámetros y criterios de vida que ahora utilizamos.

La misma fe ha asumido formas de la cultura del pasado que hoy ya no son significativas. Ha aumentado la conciencia de la importancia de los valores humanos que hay que conseguir y que no pueden estar en contradicción con los valores que nos ofrece la fe. Se prefiere realizar una felicidad humana más bien que buscar una felicidad futura incierta y difícil, y esto no depende del grado de dificultad para conseguirla. He aquí el reto para nosotros, hombres y mujeres de fe, cristianos que quieren arriesgarlo todo por la persona de Jesucristo. ¿Por qué nuestra experiencia de fe parece que no ofrece una felicidad superior a aquella de quien no sigue a Jesús?

Recurramos una vez más a la Palabra de Dios para dar el paso necesario de la realidad de Dios a nuestra realidad humana y cósmica. Volvamos a la historia de la creación, tal como se describe en el libro del Génesis. El hombre y la mujer son: creatura, hijo e hija, imagen de Dios.

#### 4.2.1 Creatura

Dios ha creado los seres humanos a su imagen: “a imagen de Dios los creó. Varón y hembra los creó”. Y Dios los bendijo, diciendo: “Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve por la tierra” (Gn 1, 27-28). *Dios ha creado los seres humanos*: la Biblia expresa la certeza de que Dios existe y de que el hombre no es Dios, sino creado por Dios y por ende su creatura.

*El ser humano es imagen de Dios*: hay una identidad común entre Dios, el hombre y la mujer. Hoy, después de la venida de Jesucristo, se comprende que el hombre es imagen del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es de-

cir, la Santísima Trinidad. Ha sido el Hijo quien nos ha revelado y comunicado este gran misterio. Dado que Dios es amor, el ser humano también es amor.

*El ser humano es hombre y mujer:* ésta son las dos caras de la humanidad, el varón y la hembra. Ambos ha sido puestos en un plano de igualdad, el uno junto al otro, llamados a formar una unidad de vida. Diversos, como las personas de la Trinidad, pero llamados a la comunión de vida, como la Santísima Trinidad es un solo Dios.

*En la creación Dios bendijo al hombre y a la mujer.* Son creaturas bendecidas y por consiguiente agradables a Dios. En su origen, hombre y mujer son buenos y nacidos de Sus manos. El hombre y la mujer han sido queridos por Dios desde su origen y desde la historia y la salvación, narrada por la Biblia, demuestra que Dios no puede vivir sin buscar y amar al hombre y a la mujer. Por eso los ha creado fecundos. La existencia de otros seres humanos, nacidos del primer hombre y de la primera mujer, no modifica las características de los orígenes, mientras que todos los hombres que están llamados al banquete de la vida,

por la fecundidad de los primeros padres, son creaturas de Dios, son hombres y mujeres y son imagen de Dios, bendecidos por Él. También ellos, como fruto de esa fertilidad, están llamados a dominar la naturaleza, perfeccionándola con su inteligencia y conservándola para el bien de todos.

#### 4.2.2 Hijo e hija

“Todos vosotros sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo habéis sido revestidos. Ya no hay distinción entre judío o no judío, entre esclavo o libre, entre varón o mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gal 3, 26-28).

“Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para liberarnos de la sujeción a la Ley y hacer que recibiéramos la condición de hijos adoptivos de Dios. Y la prueba de que sois hijos es que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ‘Abba’, es decir, ‘Padre’. De suerte que ya no eres siervo, sino hijo, y como hijo, también heredero por gracia de Dios” (Gal 4, 4-7).

La gracia de la filiación divina es lo que confiere al hombre y a la mujer su grande y única dignidad humana. Ningún carisma, ningún estado de vida concede una nueva dignidad, éstos son solamente servicios a ofrecer a los miembros del pueblo de Dios, todos revestidos de la misma dignidad de hijos de Dios. Hoy tenemos que arremangarnos para cambiar nuestros viejas y desastrosas actitudes personales, heredadas de una cultura contraria al Evangelio. Nosotros los obispos, y todas las consagradas y los consagrados, estamos llamados a este necesario cambio interior.

Lleguemos a esta verdad, sin tener que renegar necesariamente de la luz que nos llega de la razón sobre el hombre y sobre la mujer, mientras somos iluminados por la fe. En realidad, ha sido el Hijo, Jesucristo, quien nos ha revelado y comunicado que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios en tres personas distintas. Para profundizar este misterio del hombre y la mujer, creado a imagen de Dios, tenemos que acercarnos reverentes a la identidad de Dios. El hombre y la mujer difícilmente llegarían a conocer a Dios en tres personas, sin que, desde lo alto, lo hubiera revelado

el Hijo. Hoy, con la ayuda de la *sequela Christi* y la profunda reflexión teológica de los actualísimos documentos del Vaticano II, llegamos a comprender que la VC tendrá necesidad de dar nuevos pasos hacia la espiritualidad de comunión, cuyo camino brota necesariamente del misterio que es la fuente segura a lo largo de su recorrido: la Santísima Trinidad. Un esbozo del camino que debe ser recorrido como experiencia eclesial de las consagradas y los consagrados, pero también de todos los discípulos de Jesús hoy, considerando los tiempos profundamente cambiados, es lo que sigue: Dios es Uno y Trino, porque es amor (1 Jn 4, 7-21). La encarnación del Hijo de Dios, Jesucristo, ha permitido al hombre y a la mujer conocer y hacer la experiencia del amor. La Carta de Pablo a los Filipenses (2, 5-11) explica el amor de Dios como *kénosis* (vaciamiento). El misterio de la encarnación, la vida de Jesús de Nazaret y el misterio pascual, confirman el recorrido de la revelación y la comunicación del amor de Dios como *kénosis*. Solamente esto puede ser el camino de amor entre hombre y mujer. Así, pues, hay que comenzar a leer el texto a los Filipenses desde el versículo 5. Así nuestro reto, para experi-



mentar a Dios-Amor, pasa a través de la relación con la persona que tenemos de frente. Sin esto, según Jesús, no hay experiencia de Dios. Hay un solo Dios en tres personas, cuyas relaciones se constituyen por el amor: el Padre es Padre sólo porque tiene un Hijo; así mismo el Hijo, frente al Padre; el Espíritu Santo es el amor que une al Padre y al Hijo. Entre nosotros, es la experiencia de relación de amor con el otro lo que nos permite experimentar a Dios. Así que hoy no será alejándonos los unos de los otros, para protegernos a nosotros mismos, como encontraremos y experimentaremos a Dios, sino acercándonos al otro, hombre o mujer, con sencillez de corazón, dispuestos a amarlo/a: así penetraremos en el misterio de Dios. He aquí un cambio necesario en la práctica de la espiritualidad de hoy.

En Dios, unidad y diversidad coinciden perfectamente. El hombre y la mujer, creados a imagen de Dios Uno y Trino, son seres en relación de amor con otro y con todos los demás hombres y mujeres. Por consiguiente, el hombre y la mujer pueden construir en modo correcto su propia identidad, solamente en una relación de amor con los demás

hombres y mujeres. La *kénosis* (vaciamiento de sí por el bien de los otros) es el único modo posible para experimentar la unidad entre las personas, sin destruir la diversidad. El amor humano que se convierte en divino tiene la posibilidad de amar a todos, ser el primero en amar, amar siempre, como ama Dios. El amor que se convierte en recíproco entre al menos dos o tres personas, engendra la presencia de Jesús en medio de ellos (cf. Mt 18,20). Las personas que viven la experiencia del amor trinitario en sus relaciones, demuestran y testimonian la verdadera felicidad. Esta felicidad no se da sin las condiciones que Jesús pone: renunciar a sí mismo y tomar la propia cruz. La nueva comprensión que ilumina este recorrido es que el renunciar a uno mismo, y el tomar la propia cruz están motivados por el amor, como el de Jesús.

#### 4.3 El amor, que es Dios, es Ser y no-Ser al mismo tiempo; la *kénosis* como condición *sine qua non* del amor (cf. Flp 2, 5-11)

Para comprender el amor y experimentar sus efectos en el hombre y en la mujer, hasta el punto de experimentar la felicidad, no es suficiente un correcto sistema

de ideas por muy bien construido que esté. El amor es, ante todo, fruto de una experiencia repetida con constancia en la relación con Dios y en la continua relación con el hombre y con la mujer. Se debe partir, sin embargo, del supremo misterio de la Trinidad.

El Hijo de Dios ha sido enviado por el Padre para asegurar a los hombres y a las mujeres que Dios es amor y que por eso jamás ha dejado de amar a su creatura, más aún, la ha destinado a ser su hijo e hija. El Hijo de Dios hecho hombre nos ha revelado y comunicado que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. No son tres dioses, sino un solo Dios. Él es el ser, el fundamento de todo ser. Sólo en Él existen todas las cosas. Sólo en Él el hombre y la mujer existen.

Pero Dios es también no-ser, porque el Padre no es el Hijo. El Hijo no es el Padre. El Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo. En Dios, la diversidad se da en “una sola realidad”. En Dios el ser y el no-ser coexisten en perfecta identidad y distinción<sup>13</sup>. El hombre y la mujer, imagen y semejanza de esta única verdadera fuente, están llamados a expresar en su realidad humana de “hijos

en el Hijo”, este misterio escondido de Dios.

Para percibir y experimentar algo de esta realidad infinita se necesita profundizar qué cosa es el Amor. El mejor modo de hacerlo es observar cómo hace Dios cuando manda su Hijo en la encarnación del Verbo en el seno de la Virgen María. El apóstol Pablo nos da su ayuda en la Carta a los Filipenses (2, 5-11). Este himno cristológico nos narra un “vaciamiento” del Hijo con el fin de encontrar la pequeñez del hombre y de la mujer.

Sólo el amor es capaz de un tal movimiento fuera de toda norma y aparentemente contradictorio. En teología denominan este modo de actuar de Dios *kénosis*, presente en el misterio de la encarnación, en la vida escondida de Nazaret y de modo casi incomprensible en el misterio de la cruz (pasión y muerte del Señor). De este modo se manifiesta el amor de Dios al hombre y a la mujer en la forma más completa y radical, hasta el punto del “abandono” y de la muerte de Jesús en la cruz. El hombre Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, muere “solo”, sin recibir una respuesta del Padre a su grito

<sup>13</sup> Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 254.

de extremo dolor. Murió sin tener la respuesta del Padre, ninguna respuesta. Está de nuestro lado también en el momento más duro en el que toda su vida y su obra podrán parecer un gran absurdo y una ilusión. El Padre, de quien ha venido el Hijo y con el cual el Hijo vive y que ha amado y ama al Hijo desde toda la eternidad, ha dejado “solo” al Hijo, sin intervenir en su condición de fidelidad al hombre y a la mujer. Por esto el Hijo nos da la bienaventurada herencia de una fidelidad a toda prueba, continuando, cómo única posibilidad que le queda, a creer en el amor del Padre.

A la luz del insondable misterio de dolor y de amor contenido en el misterio pascual, la espiritualidad de la unidad, la espiritualidad de comunión, nos ayudan hoy a llegar y a asumir una conclusión que puede tener efectos muy profundos sobre nuestra vida de discípulos: el grito de abandono de Jesús en la cruz es su momento de dolor más grande; es también el momento de su amor más grande. El grito de abandono de Jesús poco antes de su muerte en cruz se convierte para nosotros, sus discípulos, en el modelo más per-

fecto de amor. Éste es, de hecho, el acto de perfecta obediencia<sup>14</sup>.

Un tal amor, vivido por el hombre y la mujer ante Dios como respuesta incondicionada de amor y, al mismo tiempo, vivido con la misma intensidad y calidad frente a toda persona humana, es capaz de continuar ofreciendo vida y felicidad allí donde éstas parecen apagarse y terminar. Creo sinceramente que tenemos una realidad espiritual y humana capaces de relanzar y desarrollar la VC incluso en el actual momento de crisis<sup>15</sup>.

Un discípulo de Jesús, que ama al otro según el Amor que es Dios, con un amor divino y humano a la vez, crea las mejores condiciones para que el otro, amado, guste el gozo de la verdadera felicidad y quiera también él echar a andar por el mismo camino que recorre el discípulo de Jesús que lo ha amado. Cuando se da esto entre dos o más personas, se realiza la promesa hecha por Jesús en Mt 18,20. Entre ellos se inicia una nueva comunidad, en la que se advierte la presencia de Jesús. Esta presencia, de por sí atrayente, se hace evangelizadora y hace

<sup>14</sup> Cf. JUAN PABLO II, NMI 37; CIVCSVA, Ripartire da Cristo, 27.

<sup>15</sup> Cf. VC 24: La dimensión pascual de la Vida Consagrada.

que la comunión llegue a ser la verdadera y esencial condición de la misión evangelizadora, con resultados visibles y sorprendentes<sup>16</sup>. De este modo el Amor, que es reciprocidad entre las Personas de la Santísima Trinidad, se convierte en reciprocidad entre los discípulos y engendra la presencia del Señor en medio de ellos. Así se comprende que la misión nace de la comunión y se nutre de ella. Podemos decir también con convicción que el Verbo se hizo carne para que la carne se haga comunión, nutrida con la Palabra y la Eucaristía. Hemos evocado así, como experiencia que hay que vivir hoy en la comunidad, las características de las primeras comunidades de Jerusalén: estaban unidos en la doctrina de los Apóstoles (la Palabra de Dios), en la *koinonía* (la comunión) y en la fracción del pan (la Eucaristía) (cf. Hch 2,42).

El Catecismo de la Iglesia Católica, citando el *Fides Damasi*<sup>17</sup>

dice: “Dios es uno, pero no solitario” (254). El amor, la esencia de Dios, comunión esencial de las Tres Personas divinas, es la fuente y el origen de la esencia del hombre y de la mujer. Jesús, el Hijo enviado por el Padre, nos ha revelado y comunicado este misterio. Es Jesús quien ha vivido en medio de nosotros en este modo, dejándonos a través de los apóstoles el testimonio de sus gestos y de sus palabras.

Podemos en verdad creer en la encarnación del Verbo que ha revelado y comunicado al hombre y a la mujer un amor que hace de las Tres personas comunión. Como sucede con el Verbo de Dios, el camino que consiente al hombre y a la mujer encontrar el amor y ser el amor es la *kénosis*, el vaciamiento de sí mismo<sup>18</sup>, para ser para el otro, por amor.

Este mismo camino lo ha recorrido el Señor en la dimensión de la Eucaristía. La Eucaristía es un

<sup>16</sup> En la vida de comunidad debería convertirse en algo de algún modo tangible que la comunión fraterna, antes que ser instrumento para una determinada misión, es ámbito teológico, en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado (cf. Mt 18,20) (cf. S. BASILIO, *Las reglas más breves*, q. 225: PG 31, 1231). Esto acaece gracias al amor recíproco de quienes integran la comunidad (VC 42 § 3; cf. 72).

<sup>17</sup> Profesión de fe del papa Dámaso (cf. DS 71).

<sup>18</sup> LONGHITANO T., *Vita trinitaria e kénosi*, Urbaniana University Press, Roma 2013; CODA P., *L'altro di Dio, Rivelazione e kénosi* in Sergej Bulgakof, Città Nuova, Roma 1998; MITCHELL D.W., *Saggio sulla kénosi cristiana nell'ottica del dialogo interreligioso*, Nuova Umanità XXV (2003/3-4) 147-148, pp. 457-502.

abismo muy grande de vaciamiento por parte del Señor. La entrega de este misterio a los discípulos provocó un escándalo grande. Algunos abandonaron definitivamente al Maestro. *O res mirabilis* lo ha llamado la piedad eucarística, porque en el Calvario, el Amor, que es Dios, ocultó la divinidad de Jesús para estar cerca a toda persona. En la Eucaristía el Amor oculta también su humanidad, convirtiéndose en “cosa” para estar cerca de los suyos, al mismo tiempo, en todo el mundo.

## Conclusión

Concluyendo este nuestro itinerario de hoy sobre la VC, tras los 50 años del Concilio, recojo aquí algunos puntos notables del recorrido que hemos hecho, para que sean estímulo positivo en nuestro compromiso de consagradas y consagrados.

- La experiencia de Dios como Amor necesita volver a ocupar el centro de nuestra VC, de tal modo que el carisma de la Fundadora y el Fundador sea el espejo y el camino del discípulo. La belleza de todo carisma ha de verse como una flor de la Iglesia que se armoniza con otras muchas flores, cuya her-

mosura se sumará en el mismo jardín de la Iglesia.

- Es necesario construir con paciencia la vida comunitaria, concentrando todas las fuerzas en el vivir la Palabra de Dios para comunicarla después a las hermanas y hermanos como una experiencia real. Hay que pasar de una espiritualidad individual a una espiritualidad de comunión, restableciendo las relaciones interpersonales a la luz del misterio de la Santísima Trinidad. Asumir, en espíritu de comunión, las estructuras de comunión que pasan a través de los organismos en varios niveles eclesiales y carismáticos de nuestras familias religiosas.
- En el plano personal, mejorar la experiencia de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. Entrar y permanecer en las heridas personales y de nuestras comunidades, de la Iglesia y de la humanidad con el mismo espíritu de Cristo que grita su abandono y su entrega de amor. Creer en el céntuplo que el Señor nos da en esta vida y en la vida eterna. Volver a sonreír en nuestra Congregación, como expresión auténtica de nuestra felicidad. Simplificar el recorrido espiritual de comunión, dando todo

el valor posible al momento presente de nuestra vida: éste es el único del que realmente disponemos.

- Recorrer el camino del Amor que es Dios, desarrollando las

relaciones con hombres y mujeres que caminan con nosotros en la vida de cada día saliendo de nosotros mismos, como hace Dios, para acercarnos a cada uno.